



NOTA SINGULAR

A la memoria de mi padre

In loving memory of my dad

J.I. Torres Jiménez

Médico de familia y homeópata



«Y empiezo a ver. Y veo cosas que sirven para la vida: veo paciencia, compasión, memoria, bondad y arriba el lenguaje más profundo que haya inventado un artista»

Félix Grande¹

Resulta difícil hablar de José Antonio² como un padre o un esposo, un hermano, un abuelo o un amigo, porque era por encima de todo un médico.

Desde muy pequeño tuve la certeza de que en casa, en las pocas ocasiones que paraba por allí, teníamos un médico. Y de ese modo surgió en todos nosotros la admiración, el cariño, el respeto y la necesidad de imitar lo inimitable.

En la adolescencia quedaron tantas preguntas por responder.... Pero la más importante seguía estando marcada de forma implícita con el ejemplo.

Correo electrónico: jitorresj58@gmail.com

Ahora, tengo la certeza de que ha sido un hombre afortunado³.

Afortunado porque hacía lo que amaba y amaba lo que hacía. Y en su fortuna pudo hacerlo hasta pocos meses antes de marcharse y al filo de lo imposible.

Afortunado porque supo prescindir de lo prescindible siempre, porque le producía rubor cobrar por su trabajo. Y es que su trabajo era su pasión, su alegría y su vida.

Como a Picasso, la inspiración siempre le pillaba trabajando. En la cabecera del enfermo, en la consulta, en los pasillos del hospital en las largas jornadas de estudio.

Su despacho estaba siempre lleno de libros, revistas, apuntes y múltiples historias clínicas de una minuciosidad digna del mejor escritor, con una letra hermosa como no he conocido otra, pero difícilmente legible, porque era para él.

«El buen médico seguirá siendo aquel que hace por sus pacientes algo más de lo que estos esperan, pero no más de lo que necesitan»

Martin Winckler⁴

Cuando comencé a estudiar medicina me preguntaba cuál sería el método idóneo de aprendizaje. Me costó muchos años entender lo que para el probablemente era innato, que como decía Marañón: «el saber no es solo saber, sino a la vez, saber y dudar; y, por tanto, no saberlo todo»⁵. Pero el conocimiento era una noción más aprehensible que la vocación.

Sería difícil definir la vocación porque creo que es, más que otra cosa, un sentimiento íntimo difícil de compartir. Ahora que nos ha dejado, sé que mi primo encontró su vocación de médico a los 13 años por el ejemplo de mi padre y eso resulta más creador y emocionante que el que sus 2 hijos decidieran ser médicos también. Supongo que el ejemplo de papá ha servido a muchos para ser mejores personas y profesionales, y eso es el gran fruto de su paso por la vida.

Papá siempre fue una persona alegre, tímida, estudiosa y con una desbordante imaginación. Una memoria y capacidad de análisis fuera de lo común.

Quizás le hubiese gustado ser un Albert Schweitzer médico y misionero en África.

El tiempo demostró que como el creó una gran familia. Decía Schweitzer: «*Soy solamente un médico vulgar y salvaje. Todo lo que quise fue fundar un pequeño hospital. Pero los pacientes comenzaron a llegar interminablemente y hubo quienes donaron tierras y otros que quisieron ayudar, de modo que creamos una gran familia*»⁶.

Cada día, y sobre todo en las fechas señaladas como las navidades comprendíamos que papá tenía una gran familia que le enviaba su cariño con todo tipo de regalos desde cada rincón de España, cartas de amistad y agradecimiento. Y cada muestra de amor que recibía iluminaba su rostro con una risa ingenua e infantil. Era su mayor regalo, tener una gran familia.

Puede que hubiese sido un investigador infatigable, en busca de los remedios curativos del cáncer o de alguna enfermedad rara. Posiblemente una enfermedad contraída mientras investigaba, y el amor, cambiaron su rumbo.

Quiso entonces el destino, y su familia que llegaran sus primeros trabajos, en Guadarrama y después la Fundación Jiménez Díaz con su admirado D. Carlos.

Y fue un hombre afortunado. Afortunado porque ajeno a lo que le rodeaba se abstraía de todo y vivió en su mundo. En el mundo del estudio, de la dedicación generosa, hasta el cansancio más intenso, hacia todos los que sufrían.

¡Qué suerte tuviste papá! y qué sana envidia despertabas en nosotros...

«*Haz que sea moderado en todo, pero insaciable en mi amor por la ciencia. Aleja de mí la idea de que lo puedo todo. Dame la fuerza, la voluntad y la oportunidad de ampliar cada vez más mis conocimientos, a fin de que pueda procurar mayores beneficios a quienes sufren*»

Maimónides⁷

Y pasaron los días. Aprendiendo siempre, escuchando, escrutando lo útil, a la sombra de los que enseñan; los verdaderos maestros: los pacientes.

Papá poseía una enorme inteligencia analítica, pero también una increíble inteligencia emocional que le hacía diferente a todos sus colegas. Nosotros siempre lo intuimos.

Escuchar, comprender, diagnosticar y entender el modo preciso de ayudar al paciente.

La relación terapéutica es siempre una relación de ayuda, y si no lo es no hay posibilidad de terapia por muy investido de honores y títulos que se muestre tu consulta. Supongo,

que si hubiésemos tenido la oportunidad de hablar de ello es lo que me hubiera dicho. Pero no fue necesario.

«*La medicina y el arte parten del mismo tronco. Ambos tienen origen en la magia, un sistema basado en la omnipotencia de la palabra*»

Andrzej Szczeklik⁸

Cuando nos sorprendíamos de la duración de sus consultas y de lo intempestivo de las horas de las llamadas telefónicas, solo se reía con esa forma única de sonrisa que desarmaba a cualquiera. Entonces suponíamos que todo tendría su por qué. Más tarde, he comprendido que la riqueza de la relación médico-paciente está en el tiempo que dedicamos al otro, permitirle que se sienta lo que realmente es, único en su persona y en su dolor. Y la llave de la relación está en la escucha.

«*Hay un momento en que uno debe guardar silencio. Este es el momento en el que se acaricia el alma de otro. Alguien de quien mana sentimiento a raudales. . . a quien has ayudado a llegar a este punto, quizás por el despliegue de tu propio sentimiento. Y luego miras profundamente a los ojos del otro. Emites un pequeño mmmmm o ahhh, un sonido alejador, compasivo. Por ahora te limitas a escuchar, a escuchar de verdad, y a demostrar que introduces en tu corazón lo que estás oyendo. Esto raramente lo hace nadie*»

Susan Sontang⁹

El era un maestro de la escucha.

Bibliografía

1. Grande F. La canción de la tierra. Junta de Extremadura. Consejería de Cultura y Turismo: Editora de bolsillo; 2008.
2. Torres González JA. Ser médico . . . y ejercer a los 80 años. Rev Clin Esp. 2012;212:46-7.
3. Berger J. Un hombre afortunado. Madrid: Editorial Alfaguara; 2008.
4. Winckler M. La enfermedad de Sachs. Madrid: Editorial Akal; 1998.
5. Marañón G. La medicina y nuestro tiempo. Madrid: Editorial Espasa Calpe. Colección Austral; 1964.
6. Schweitzer A. Mi vida y mi pensamiento. Buenos Aires: Editorial Hachette; 1962.
7. Le Porrier H. El médico de Córdoba. Barcelona: Editorial Mondadori; 1999.
8. Szczeklik A. Catarsis. Sobre el poder curativo de la naturaleza y del arte. Barcelona: Editorial Acantilado; 2010.
9. Sontang S. El amante del volcán. Madrid: Alfaguara bolsillo; 1996.